

cho de conducirme, pues por la llegada á mi encuentro, todos tenían el mismo.

La costumbre japonesa que probablemente excita en mas alto grado la admiracion de los extranjeros, es la del suicidio llamado *hara-kiri* y que consiste en abrirse el vientre ó destriparse. (*) Este género de suicidio es á veces impuesto por la ley, ó al menos concedido como gracia á las personas de rango ó de valer condenadas á muerte, pues se considera deshonoroso que sea el verdugo quien les corte la cabeza. Sin embargo, en tales casos siempre se tiene listo un ejecutor para que, si es necesario, abrevie los sufrimientos del condenado, porque suele la muerte no ser instantánea, y para salvarse de la deshonra, basta haberse herido con valor.

En otras ocasiones el *hara-kiri* es enteramente voluntario, y un modo de evitar el deshonor que recaería sobre un individuo por alguna falta en el cumplimiento de sus deberes, por haber desmerecido la confianza de sus superiores, por haberles dado un consejo grave y no aceptado, por producirles este consejo malos resultados ó por cualquiera otra culpa semejante, aunque sea de aquellas que las leyes no castigan.

La historia del Japon está llena de estos rasgos de varonil y enérgica fiereza, y casi siempre tienen por móvil la dignidad herida, la creencia de haber causado un mal á la patria ó á sus gobernantes, alguna lucha secreta y terrible entre las convicciones íntimas y los deberes que impone la obediencia, un conflicto en fin, entre la voluntad y la subordinacion.

En casos de esta naturaleza el *hara-kiri* es público y solemne. La persona que se cree en el deber de dar fin á su existencia de esa manera, fija de antemano el dia en que ha de tener lugar el sacrificio, y convoca á sus parientes, á sus amigos, á sus subordinados para que lo presencien. Llegado el momento supremo, se presenta ante la reunion vestido de blanco, que es el color adoptado para amortajar á los cadáveres, y ceñido el vientre con una faja del mismo color. Expone brevemente, y por lo general en una poesía, la causa determinante de su resolucion; en seguida se sienta, y con un *tantó*, puñal muy afilado y agudo, se hierre el lado izquierdo del vientre, llevando despues el cuchillo con un movimiento rápido hácia la derecha para abrírselo completamente.

(*) *Hara* quiere decir vientre, y *kiri* cortar; por consiguiente *hara-kiri* significa destripamiento

No debemos aplaudir estos actos sangrientos en que una indomable energía se sobrepone á los instintos mas naturales del hombre: nos lo prohiben los principios de moralidad admitidos por la civilizacion de Occidente; pero confesamos que nuestra pluma se resiste á condenarlos con una severidad absoluta. Si reprobamos el hecho final, tambien admiramos tanto como respetamos los móviles que lo determinan, cuando reconocen por origen el honor y la dignidad. Nos limitamos, pues, á nuestro papel de narradores, dejando que cada cual, conforme á sus propios sentimientos, juzgue aquella costumbre y al pueblo que la sigue.

Ya que por incidente hice mencion de la poesía, indicaré que en las estrofas japonesas, segun lo que he podido comprender, se hace siempre uso de 31 letras, equivalentes á otras tantas sílabas conforme á nuestro idioma; pero hay casos en que por la eufonía se emplean 32. En esto, y en el uso de palabras de cinco y siete sílabas, consiste la cadencia ó el ritmo de la versificacion. Dentro de aquel número de caracteres se encierra el pensamiento mas ó menos elevado que forma el objeto de la composicion poética. Citemos los versos siguientes de dos suicidas por *hara-kiri*.

El primero es de Ito-Gompe, samurai perteneciente á las tropas del Príncipe de Matsudaira-Tamba. Durante la excitacion popular contra los extranjeros en 1862, el Taikun encargó á este magnate la custodia de la legacion inglesa con un cuerpo de 500 hombres, pues eran muy pocos los soldados ingleses que la guardaban; pero Ito-Gompe, acérrimo enemigo de los «bárbaros,» y que ademas, parece que habia recibido de ellos alguna injuria personal, no pudo ver con indiferencia que las fuerzas de su Príncipe les sirvieran de guardia. Provisto de la contraseña, penetró una noche á la legacion, y en unos cuantos segundos, con la rapidez y destreza características de los samurai para manejar el sable, hizo pedazos á dos ingleses, que fueron el centinela y el cabo que acudió en auxilio de este. Despues, aunque herido, se escapó á favor de la oscuridad y de la confusion que habia producido su brusco ataque; y llegado que hubo á su casa, se abrió el vientre despues de escribir la siguiente estrofa en que alude á la antigua tradicion popular de que los vientos del cielo habian de arrojar del país á los extranjeros:

«*Kami-kase-wo nanikawa-matan saga-nikuki yemishiva-tachi-ni kiri-haraittsu;*» cuya traduccion es: «¿Cómo podria esperar con pacien-

cia á que los vientos divinos sean los que arrojen de mi país á los bárbaros? Ya yo comencé á arrojarlos con el filo de mi espada.»

La otra poesía es de una jóven y bella cortesana de Yokohama, llamada Ki-yé. Un americano se enamoró de ella, y no siendo correspondido á causa del odio que la jóven tenia á los extranjeros, ganó por medio del oro á la persona á cuyo cargo estaba Ki-yé. Esa persona, gefe de la *dgioró-ya* en que residia la cortesana, y á quien en consecuencia tenia ésta que obedecer, quiso imponer á la jóven su voluntad. Ki-yé resistió algun tiempo; pero al fin tuvo que sucumbir á aquella continua presión. Finjiendo entónces que cedia, se suicidó el mismo dia en que iba á ser entregada á su amante, abriéndose las venas yugulares, pues las mujeres se hieren en el cuello en vez de hacerlo en el vientre. El verso que compuso antes de su muerte dice así:

«Tsuyu-wo-dani itóo-Yamato-no ominaishi furu-América-ni sode-wa-nurá-sayi.»

El significado de esta estrofa es: «Yo, que soy una flor del Japon, que no permite ni que el rocío la humedezca, ¿cómo permitir que una lluvia abominable moje la orla de mi vestido? No, no lo quiero.»

No es fácil formarse idea cabal de este verso, sin saber que *ominatshi* significa *cortesana*, siendo á la vez el nombre de una flor, y que *ame* quiere decir *lluvia*. Así, pues, Ki-yé tomó en su significado japonés una parte de la palabra América, aludiendo á la patria de su amante.

En ambos trozos he procurado imitar con nuestras letras la pronunciacion de las palabras japonesas, segun las reglas establecidas en las notas de las páginas 103 y 114, añadiendo ahora que la *h* es siempre aspirada en principio de dición ó bien entre dos vocales, aunque con un sonido menos fuerte que el de la *j* española.

Seguiremos las mismas reglas para escribir los nombres japoneses que figuren en los dos capítulos siguientes, destinados á trazar algunos apuntes históricos del Japon. En ellos hemos tomado por guía, aunque solo para los hechos mas notables y sus respectivas fechas, la *History of Japan* de Mr. Francis Ottiwell Adams, cuyo último tomo se publicó á mediados de 1875. Como Mr. Adams fué secretario de la legacion inglesa en Tókió, ha podido consultar muchos documentos preciosos de la historia antigua, y ha presenciado muchos sucesos de la moderna, de suerte que su obra es probablemente la mejor y mas completa que

hasta hoy existe sobre el pasado y el presente de aquel Imperio. A pesar de la dificultad de hacer el extracto de una obra extensa en unas cuantas páginas, no hemos vacilado en procurarlo, esperando que será visto con agrado, y sobre todo, con indulgencia, por los lectores de nuestro libro.

XIV

Nociones sobre la historia del Japon.—Historia antigua.—La teo-dinastía.—El Mikado.—La nobleza y el poder militar.—Yoritomo.—El Taikun.—Dos gobiernos.—Los Ho-yó.—Los Ashi-Kaga.—Guerras civiles.—Siglo XVI.—El Cristianismo y el comercio.—Los Toku-Gawa.—Tres siglos de paz.—Estado social del Japon en el presente siglo.

El Japon, como casi todas las grandes nacionalidades de Oriente, conserva antiquísimas tradiciones en que están confundidas su cosmogonía, sus ideas religiosas y su historia. No es todavía posible para los pueblos de Occidente conocer con suficiente certidumbre, ni siquiera el período puramente histórico del «Imperio del Este ó Japon,» porque solo hasta estos últimos años han sido conocidos y traducidos algunos de los pocos documentos de la historia de este singular país; y es seguro que ni sus mismos sábios han podido ó podrán reconstruir la antigüedad histórica que pretenden y que se remonta, segun ellos, á ocho mil años antes de nuestra era.

Las nociones mas positivas, las fechas, los personajes, los acontecimientos, no suben mas allá del año 660 antes de Jesucristo, sin constituir, sin embargo, una historia completa y continuada del Japon. Por fortuna no es presumible que la historia antigua de este pueblo sea bastante fecunda en acontecimientos notables, ni que preste bastante interés para su movimiento actual ó para enlazarla con la historia de los demas pueblos de la tierra, á causa de dos hechos característicos y fisionó-